

TOYOFUMI OGURA

CARTAS DESDE
EL FIN DEL MUNDO

Por un superviviente de Hiroshima

Prólogo de
KÔTARÔ TAKAMURA

Traducción del japonés de
LAURA CORES

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , Kōtarō Takamura	7
<i>Prefacio</i>	9
Carta 1. Un escenario de nubes y luz	13
Carta 2. La onda expansiva y la ola de calor	25
Carta 3. La bomba atómica	37
Carta 4. La ciudad arrasada por el fuego	51
Carta 5. Amor de madre	67
Carta 6. La búsqueda	85
Carta 7. El encuentro	99
Carta 8. El 8 de agosto	117
Carta 9. El hipocentro	129
Carta 10. El fin de la «capital militar»	147
Carta 11. La enfermedad por radiación	165
Carta 12. El miedo que nos ha quedado	183
Carta 13. El pensador	197
<i>Epílogo. La Hiroshima actual [1982] y la de la época de la bomba atómica</i>	215
<i>Comentario: «Pika-don», Kaneto Shindō</i>	233
Mapas: La bomba nuclear de Hiroshima	240
El hipocentro y el centro militar	242

Carta 1

UN ESCENARIO DE NUBES Y LUZ

—Pensé que había destellado un relámpago enorme. Entonces perdí el conocimiento. Estaba delante de los almacenes Fukuya...

Fumiyo:

Eso era lo que decías entrecortadamente cuando por fin te encontré, todavía viva, el 7 de agosto por la noche. La mañana del 6 de agosto, cuando estabas delante de Fukuya, en Hatchōbori, yo me encontraba por casualidad cerca de Mukainada, caminando en dirección a Hiroshima.

Era una mañana despejada, típica de Hiroshima, húmeda y sin viento. Los rayos de sol de pleno verano inundaban el cielo, como queriéndolo desbordar. Aquel cielo profundo, de un azul intenso aunque con una ligera neblina, brillaba tanto que molestaba a la vista. No habría pasado una hora, ni treinta minutos, desde que se había levantado la alerta. Caminaba distraído por el asfalto seco y polvoriento.

Al llegar a donde empieza el puente de Shin'ozu, me detuve un momento y contemplé el brillo de las olas en alta mar. En ese mismo instante noté un destello de luz blanca azulada, como el que produce la ignición del polvo de magnesio, y un fulgor inundó el cielo a mi derecha, encima de Hiroshima. Instintivamente me tiré al suelo boca abajo.

Contuve el aliento un momento, pero en seguida levanté la cabeza para mirar a la ciudad. Al oeste, en el cielo que acababa

de ver azul, de repente había aparecido una enorme masa de nubes, o más bien de humo, en forma de cumulonimbo. Destelló un anillo de luz parecido al halo de la luna cuando anuncia lluvia y el cielo se abrió como un arco iris. La masa de nubes blancas se extendía rápidamente hacia los lados al mismo tiempo que se arremolinaba, como engullida hacia el centro.

Inmediatamente después, por debajo de esa zona apareció una inmensa montaña de nubes, una enorme columna de llamas de color rojo brillante y una gran humareda, como si un volcán suspendido en el aire hubiese entrado en erupción. No sé cómo expresarlo. El indescriptible cumulonimbo hervía con furia, elevándose hacia lo alto. Subía rápidamente, y su volumen era tal que cubría casi todo el cielo. Poco después la parte superior se desparramó hacia los lados, tal como se descompone la nube de un chaparrón. Por encima de la primera masa de nubes se formó un hongo monstruoso del que descendía un pie muy ancho, parecido a un tornado. Las dos masas, una encima de otra, se convirtieron en una gigantesca columna de nubes que llegaba hasta el suelo. Se movía sin cesar y los colores cambiaban vertiginosamente; aquí y allá brillaban pequeños destellos.

Lo primero que pensé es que se parecía a una manifestación del monte Sumeru de la antigua cosmología india, que se alzaba a 84.000 yojanas del suelo.* Evoqué en mi memoria los dibujos de ese monte que había visto alguna vez, pero no se trataba de lo mismo. Me imaginé la columna de nubes que vio Moisés en el Antiguo Testamento, pero tampoco coincidía. Las ideas y fantasías sencillas de los tiempos antiguos no servían para explicar esa nueva y repentina manifestación de la

* Para la religión védica, el monte Sumeru o Meru, morada de los dioses, es la cumbre más alta del mundo, situada en su centro, y a sus pies se extienden los cuatro continentes; la yojana es una antigua unidad de longitud que corresponde a una cantidad indeterminada entre 6 y 14 kilómetros.

mitología del siglo xx: un escenario de nubes y luz que se desplegaba por todo el cielo.

Durante un tiempo me quedé atónito, *embelesado*. Pero en seguida me despertó la conciencia de «guerra». A toda prisa empecé a darle vueltas a cuanto sabía sobre bombardeos aéreos.

«Una baliza en pleno día no puede ser.»

«Ni una bomba incendiaria, ni una bomba normal.»

«En cualquier caso, no he visto ningún avión.»

«Entonces, ¿qué era esa luz? ¿Y esas nubes?»

«.....»

«¡El rayo de la muerte!»

Al topar con estas palabras, sentí una especie de descarga eléctrica desde la coronilla hasta la punta de los pies. Mi conocimiento sobre el «rayo de la muerte» se limitaba a esas cuatro palabras. Me embargó la angustia.

Miré mi reloj; justo pasaban las ocho y cuarto.

Fue entonces.

Oí un estruendo sordo pero muy fuerte, y al mismo tiempo una presión violenta me cortó de golpe la respiración. Era sin duda la onda expansiva de una bomba.

Me quedé inmóvil en el suelo. Creo que, además del estruendo y la onda expansiva, oí también el tremendo estrépito de los chasquidos, crujidos y estallidos de las casas al ser destruidas y volar por los aires puertas, ventanas y muebles. Me parece que también advertí gritos lastimeros. Pero es posible que todo esto se haya colado en mis recuerdos con posterioridad, o que sea producto de mi imaginación.

Sin embargo, con toda seguridad oí voces gritar «¿Qué es eso?», «¿Qué pasa?». Vi gente salir precipitadamente de sus casas a la calle. Me había levantado sin darme cuenta y estaba mirando a mi alrededor. En aquel momento no llegué a advertir casas destruidas ni incendios, solo veía gente que se había echado a la calle. Justo donde yo estaba, al pie del puente de

Shin'ozu, una carretera conducía en línea recta hasta la ciudad de Hiroshima. Como a ambos extremos del puente las casas estaban dispersas, pude distinguir a la gente que salía al exterior, como hormigas sacudidas de la rama de un árbol.

Empecé a pensar otra vez.

«Un estruendo y una onda expansiva.»

«Una ráfaga de luz y una humareda.»

A la velocidad del rayo me vinieron a la mente fragmentos de viejos recuerdos.

«¡La explosión de un polvorín!»

Eso es. Recordé las explosiones de Hirakata, en Osaka, y de Uji, en Tokio, aunque había olvidado cuántos años habían pasado desde entonces.

«¡La explosión de un polvorín!»

«Seguro que es eso.»

«Aunque ha sido en la zona del Patio Occidental de Armas.»

«¿La explosión de un polvorín allí?»

Pero yo no sabía absolutamente nada sobre los secretos militares. Según el sentido común, también podía pensarse que, por razones ocultas, se hubiera ubicado bajo tierra, justo en el centro de la ciudad.

Volví a mirar el «escenario de nubes». Mientras lo contemplaba, empecé a reflexionar desesperadamente sobre las historias que había oído de los desastres de Uji y Hirakata.

Entonces, cerca de mí, oí unas voces trastornadas.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Dónde habrá sido?

Al darme la vuelta, vi a dos hombres de unos sesenta años y de estatura media, que debían ser campesinos de la zona.

—Supongo que habrá sido cerca del Patio Occidental de Armas.

—Así que por allí...

—¿Crees que ha sido una bomba?

—No...

Contuve mis palabras, pensando que no debía decir nada a la ligera. Como bien sabrás, en aquella época la suspicacia acerca de los «rumores infundados» en Hiroshima era extrema. Y seguramente no había más remedio. Después de la derrota, un oficial del ejército me explicó que si en aquellos días Hiroshima solo había sido atacada con dos o tres bombas aisladas, mientras que todas las principales ciudades del país habían sido bombardeadas a gran escala unas tras otra, era supuestamente porque se habían infiltrado muchos espías en la ciudad.

Pero aquellos hombres no me daban tregua con sus preguntas.

—¿Será algún tipo de arma nueva? —me inquirió uno de ellos.

—Creo que ha sido la explosión de un polvorín —respondí.

—Porque han tirado una bomba, ¿verdad? —volvió a inquirir.

Yo estaba convencido de que la explosión se debía a un error del ejército. No podía haber bombardeo sin un avión al menos.

—¿Dónde se habrá visto un bombardeo sin aviones? —respondí en tono irónico.

Para mi sorpresa, ambos exclamaron casi al unísono:

—Sí que han pasado aviones, desde allá y en esa dirección. Los dos señalaban del este al oeste.

—¿Cuándo?

—Hace justo un momento; eran B29 —añadieron los dos.

Antes de que pudiese decir nada, uno de ellos dijo, señalando hacia el cielo, en el oeste:

—¡Eh, pero si son paracaídas!

Yo estaba perplejo por segunda vez consecutiva ante tal afirmación. Con un «¿cómo?» todavía en la boca, miré hacia donde señalaban.

Tenían razón: sin duda eran paracaídas; tres, para colmo. Flotaban ligeros, los tres en línea, algo inclinados, de un blanco nítido en el trozo de cielo azul que quedaba a la derecha del monstruoso hongo.

—Ajá... —admití sin darme cuenta. De repente habían conseguido que mi confianza en mí mismo se tambaleara. —¿Pero los aviones han caído? —les pregunté a mi vez.

Era poco habitual que los cañones antiaéreos acertaran el tiro; de todos modos, no había oído ningún disparo. Tampoco era posible que se hubiesen estrellado contra su objetivo, como los aviones japoneses. Entonces, ¿por qué se habían tirado en paracaídas?

Los dos hombres dijeron que los aviones no habían caído.

—¿Qué raro, verdad? —les dije.

—Nosotros los hemos visto, seguro. —insistieron.

Como una discusión no habría llevado a ninguna parte, y para empezar yo no entendía absolutamente nada, les espeté:

—Yo no soy soldado, así que no sé nada.

Sin embargo, no di mi brazo a torcer y añadí:

—Pero estoy seguro de que esas nubes y ese ruido han sido la explosión de un polvorín.

Sin oponer nada más, los dos hombres me dieron las gracias y empezaron a andar a paso rápido hacia Hiroshima.

Pero lo cierto es que había perdido toda confianza en la supuesta explosión de un polvorín. Volví a mirar al cielo hacia el oeste. Los tres paracaídas todavía flotaban hacia el norte con toda tranquilidad, a una velocidad odiosamente lenta.

Empecé a pensar de nuevo.

«Al menos parece seguro que han pasado aviones que no eran japoneses. Igual han tenido alguna avería en el aire.»

«Las primeras luces y nubes blancas vendrían de la avería, los paracaídas deben de ser los tripulantes que escapan y la humareda que sube del suelo y la onda expansiva podrían deberse a la explosión de un polvorín por una bomba lanzada justo antes...»

«Así, de momento, encajan todas las piezas. Aunque me parece demasiada coincidencia. Pues entonces tiene que ser un arma nueva.»

«Sea como sea, la teoría de la explosión de un polvorín no funciona.»

Seguía aferrándome a la idea de la explosión de un polvorín; los prejuicios son realmente terribles.

Más adelante me di cuenta de que no era el único que «desvariaba» en aquel entonces, o más bien en aquel momento. Había bastante gente a favor de la teoría del «rayo de la muerte». Incluso hubo quien escuchó decir a un oficial de la marina que había sido un «torpedo aéreo». Versiones como la explosión de un polvorín, la explosión de un depósito de gas o el incendio de un almacén de combustible no solo eran frecuentes entre los profanos, sino también entre los expertos. Así que estaba bien acompañado. Al pensar en todo esto más adelante, vi que eran palos de ciego dados allí donde más valía no saber nada: al final resultó ser un arma nueva que ningún dios conocía.

Lo más absurdo fueron las especulaciones en torno a los paracaídas que habían derrumbado mi confianza. Todos los «disparates» que he mencionado más arriba se limitaron a ese momento y ese lugar, y por lo tanto se disiparon en pocos días, mientras que el de los paracaídas se propagó como un hecho auténtico por todo Japón durante al menos una semana o diez días. Quizá sea mejor decir que se extendió por todo el mundo. Además, no solo llegó hasta mí personalmente, sino que se propagó como información pública; no como «rumor callejero», sino como «informe científico». Es decir, los japoneses habían especulado por su cuenta y habían puesto de relieve oficialmente el caos y la confusión de aquel día, así como la pobreza de su reflexión y observación científica.

La noticia de lo ocurrido salió en los periódicos dos días después, el 8 de agosto. Dicen que se emitió por la radio el 7,

pero la situación en Hiroshima no era como para escuchar la radio. En la prensa se había utilizado la expresión «nuevo tipo de bomba». La primera vez que se emplearon oficialmente las palabras «bomba nuclear» fue, por lo que yo sé, el 15 de agosto, en la transmisión del discurso del primer ministro Suzuki, inmediatamente después del edicto imperial que anunciaba la rendición incondicional de Japón.

La cuestión estaba en la relación entre el «nuevo tipo de bomba» y los paracaídas. Creo que el primer lugar donde se dio a conocer fue en los periódicos del 8 de agosto. El artículo decía que el nuevo tipo de bomba que se había lanzado llevaba paracaídas y había explotado en el aire. En ese momento no pensé nada especial al respecto. En la protesta oficial del día 10 ante el gobierno norteamericano se utilizó la misma frase, diciéndose además que «la bomba en cuestión se había lanzado en paracaídas». Cuando leí en el periódico que el cuartel general de Defensa Antiaérea de Ōsaka indicaba, en las contra-medidas que presentó el día 11, que esas bombas especiales llevaban paracaídas, y que por lo tanto, si alguien veía algo así, en seguida debía cobijarse en un refugio o echarse a tierra, no pude evitar murmurar: «¿Es una broma?». Tal vez era ya el día 12 o el 13 cuando leí esos dos artículos.

El caso es que, tal como acabo de escribir, estalló un «nuevo tipo de bomba» al mismo tiempo que tenía lugar la gran explosión violenta. Pero no existía la menor posibilidad de que la bomba se hubiera lanzado en paracaídas, porque habría ido cayendo lentamente. Estaba claro que la fuente de la explosión y los paracaídas eran cosas diferentes. Eso era lo que yo creía desde el principio, porque en realidad no podía pensar de otra manera.

Más tarde se supo, a través de los periódicos, que los paracaídas se habían lanzado desde otro avión al mismo tiempo que el «nuevo tipo de bomba», e iban equipados con dispositivos inalámbricos que medían automáticamente valores como

la presión en el momento de la explosión y los enviaban a la base. Estos aparatos cumplieron perfectamente su función. Se descubrió que habían caído en el monte Kane, al noroeste de Kabe: habían recorrido unos catorce o quince kilómetros. También supe más adelante que la emisión internacional del discurso del presidente Truman sobre el «nuevo tipo de bomba» se realizó justo después de que hubiesen recibido los datos de esos equipos.

Un camión que cruzó en dirección a Hiroshima el puente que tenía ante mí vino a apartar de mi cabeza la obsesión por la «explosión de un polvorín», a la que seguía aferrado. Al girarme vi que venían varios: uno, dos, tres camiones corrían hacia Hiroshima dejando tras de sí un olor a gasolina y los gritos apresurados de los conductores.

Al parecer era la movilización de socorro.

Dejé de darle vueltas a todo lo que sabía sobre bombardeos aéreos y me vi temblando de un miedo paralizante.

«¡Esto es grave!»

«En todo caso, voy a casa de Aiko.»

La casa de tu hermana menor no estaba muy lejos de donde yo me encontraba, tal vez a algo más de un kilómetro. Mientras me ataba la correa del casco de hierro que llevaba, empecé a andar a buen ritmo.

Delante de las casas había un gran gentío con la mirada perdida hacia el cielo del oeste.

Otras personas entraban y salían de los refugios antiaéreos de las callejuelas.

Una mujer que asomaba la cabeza del refugio gritaba algo con angustia.

Unas voces atemorizadas rompieron el silencio y llegaron a mis oídos:

—¿Qué será?

—Es en el centro.

A mi alrededor todavía se imponía un silencio opresivo. Sin embargo, a medida que me iba acercando a la ciudad y las casas formaban una hilera a ambos lados de la carretera, había cada vez más alboroto. El movimiento de la gente también era más apresurado y ya no había nadie petrificado por la confusión.

Me llamó la atención un hombre vestido con solo una camisa que salía precipitadamente por una portezuela situada al lado de la entrada principal de su casa, hecha de la reja característica de Hiroshima. Cargaba a su espalda a una mujer cuya blusa blanquecina estaba roja de los hombros a las mangas. Le caía sangre de la cara y los brazos. Seguramente la llevaba al médico. Al cruzarme con ellos me topé con una chica desnuda que corría llevando a cuestas a un hombre en calzoncillos; él tenía la cara y la parte superior del cuerpo ensangrentados. Sin darme cuenta, me dirigí a ellos:

—¿Qué les ha pasado?

—Los cristales...

La mujer pasó de largo, sin más.

«Será por la onda expansiva», pensé.

Mientras caminaba iba mirando las casas a ambos lados, pero no vi ninguna que pareciese destruida por esa razón. Me extrañó. Más adelante me di cuenta de que esa zona estaba a poco más de cuatro kilómetros del centro de la explosión, y por lo tanto la destrucción de tejas y cristales tenía que ser notable. Sin embargo, como la carretera iba de este a oeste y las casas estaban alineadas en la misma dirección que la onda expansiva, ninguna de ellas mostraba daños graves en el lado que daba a la carretera, mientras que las paredes, las ventanas y las puertas corredizas tenían que haber sufrido grandes estragos en las fachadas del oeste. La primera persona que me encontré sin duda había sido herida por los fragmentos de cristal de una puerta o una ventana esparcidos por la explosión.

Me di cuenta de que estaba caminando por el medio de la carretera, y en seguida me arrimé a las casas de mi izquierda. Podía oír la agitación en su interior.

—¿Dónde están las vendas?

—¡Rápido, trae el botiquín!

—¡Mamá!

—¡Me duele!

El llanto de un niño, el grito de cólera de un hombre, el chasquido de una herramienta al golpear, el estrépito al bajar corriendo una escalera...

Los movimientos y el color de la sangre que veía delante de mí se entremezclaban con esas voces y ruidos diversos, y los campos de batalla sangrientos del interior de las casas se iban dibujando y agolpando en mi mente.

Cada vez había más gente que venía de la ciudad. Iban despacio, con aspecto desmayado. No parecían particularmente heridos, pero algunos de ellos traían la ropa hecha jirones, quemada de forma extraña. Una mujer llevaba la mitad del pantalón *monpe* de trabajo rasgado. Algunas personas iban descalzas.

Me dirigí a la mujer del *monpe* que venía cabizbaja, tapándose con la mano la mitad de la cara y calzada solamente con una chancla *geta*.

—¿Qué le ha pasado?

—La bomba...

—¿Dónde?

—En Kōjin-machi.

La mujer pasó de largo. Un hombre venía empujando una bicicleta que tenía el manillar torcido, como si hubiera chocado con algo. Volví a preguntar:

—¿Ha sido una bomba?

—Sí, en Danbara. La onda expansiva ha hecho volar la bicicleta por los aires...

Al parecer, la bicicleta ya no iba bien. Yo cada vez estaba más confuso. Empecé a correr hacia la casa de Aiko.

Después supe que todas las personas que experimentaron la onda expansiva tenían la sensación de haber recibido un bombazo muy cerca de donde estaban. Muchas de las que estaban en sus casas creyeron que la bomba había caído directamente allí. Por ello, al preguntarles dónde había sido, todas indicaban el lugar donde se encontraban, como esa mujer y ese hombre. Además, a unos tres kilómetros del centro de la explosión, a muchos que no estaban a cobijo de la luz se les chamuscó o se les rasgó la ropa y se les quemaron las partes del cuerpo expuestas a los rayos de calor.

Esto es lo que les había ocurrido a los heridos que me encontré, porque la zona por la que andaba estaba a unos cuatro kilómetros del centro de la bomba, aunque esto lo supe más tarde. Si en aquel momento hubiese estado más cerca de Hiroshima, tampoco habría podido escapar a las quemaduras. Sin embargo, en ese momento ni se me pasó por la cabeza.

Otra cosa que no podía ni imaginar en aquel instante era la magnitud de los daños causados. Todos nos dimos cuenta de ello más adelante. Dicen que la ráfaga de luz se percibió a una distancia de cien kilómetros, el «escenario de nubes» se divisó desde la misma lejanía aproximadamente, la explosión se oyó a ochenta kilómetros y la onda expansiva alcanzó los sesenta kilómetros. El hecho de que aquí, en casa de tu hermana Setsuko, en Jigozen, las ventanas del lado este se rompieran por completo es una buena prueba de que la destrucción de las puertas y ventanas de cristal alcanzó un radio de trece o catorce kilómetros. Dicen que incluso en la isla de Miyajima hubo casas en las que se rompieron los cristales.

10 de noviembre de 1945